

Y envuelto en blanco y vaporoso traje  
El cuerpecito enflaquecido y débil.

### III

Pasé, volví á pasar, y me detuve  
Frente á aquella visión; sentí que el alma  
Se postraba de hinojos,  
Cuando ví que sus párpados se abrían  
Y abrasadores rayos desprendían  
Los profundos abismos de sus ojos.

### IV

Y el sol, que se escondía  
Entre las nubes de color sangriento;  
La luna, sin fulgor, que aparecía  
Sobre el oscuro azul del firmamento;  
Una estrella que erraba  
Brillando en los lejanos horizontes,  
En el espeso velo  
En que ya la silueta de los montes  
Va cortando los términos del cielo;  
La nieve del volcán, resplandeciente,  
Enrojecida por el sol poniente,  
Y hasta un granado que en la tapia asoma  
Su rama más florida,  
Hablaron de calor, de luz, de aroma,  
De juventud, de porvenir, de vida.

### V

¡Qué contraste, Dios mío!  
¡Qué mirada tan honda de tristeza

Te dirigió la niña moribunda,  
Madre Naturaleza!  
Yo ante dolor tan vivo,  
Viéndote hacer de tu hermosura alarde,  
Me retiré callado y pensativo.....  
Y así nació mi amor, aquella tarde!.....

### VI

..... Después de mis faenas  
Estudiantiles, iba apresurado  
Sintiendo con vigor inusitado  
Correr la sangre ardiente por mis venas:  
Pasaba, como siempre, cabizbajo,  
Tímido, palpitante,  
Siquiera fuese por mirar su sombra,  
El divino perfil de su semblante,  
O escuchar en un éxtasis amante  
El rumor de sus pasos por la alfombra.

### VII

¡Cuántas veces la ví, como en un sueño,  
Fijar en mí sus ojos,  
Y aparecer en su mejilla pálida  
Misteriosos y púdicos sonrojos!  
Creí que nuestras almas se mandaban  
Algo como un saludo,  
Y en tristes confidencias entablaban  
Algún diálogo mudo.  
¿Fué cierto?... No lo sé; nunca he podido  
Descifrar el misterio,

Ni al descansar cual hoy, yo en el olvido,  
Y ella..... en el cementerio!  
En mi ánimo abatido  
Yo sólo sé que duerme desde entonces  
La fe con que una vez osaba amarla,  
Cual la chispa en el seno de los bronce  
Mientras no viene el golpe á despertarla.

### VIII

Una noche, mi cuarto de estudiante  
No pudo contener porque era estrecho,  
Todas las ilusiones que brotaron  
Del solitario fondo de mi pecho.

Al canto de mi amor, como gemidos  
De la suprema angustia,  
Respondieron los últimos crujidos  
De mi lámpara mustia;  
El Invierno, otra vez, á los cristales  
De mi ventana en que se mira un cielo  
Pavoroso y sombrío,  
Fué á llamar con sus lágrimas de hielo  
Como cuajadas gotas de rocío.  
De mi alcoba salí, dejando el sueño;  
Crucé las calles tristes y desiertas,  
Llegué á la casa de mi amado dueño,  
Y allí detuve el paso  
Frente á esa línea de fulgor escaso  
Que lanzan las maderas entreabiertas.  
Mi romántico ensueño,  
¿Dónde vagaba en tan solemne hora?  
Tal vez me parecía  
Que yo era el Trovador de esa Leonora.

Ignoraba su nombre, y no os asombre  
Que así tuviera la razón perdida,  
Pues todos los delirios de mi vida  
Nunca han tenido nombre.  
Me oculté en un rincón de la fachada;  
¡Ni una luz; ni un rumor!... Todo dormía,  
Sólo mi alegre corazón latía.....  
Entre las rotas nubes  
Un astro nada más resplandecía;  
¡De qué grata ternura  
Se llenó aquella noche  
Mi alma, en el centro de su fe, segura!

### IX

Entretanto, mi pálida..... ¿dormía?  
¿En mi soñaba acaso? ó reclinada  
En el borde del lecho,  
Sintiendo estaba lo que yo sentía  
Allá... en el fondo de mi cuarto estrecho?  
¡Ah! si estaba despierta,  
Vago presentimiento  
De que yo estaba ahí, frente á su puerta,  
¿No la haría temblar por un momento?...  
Trémulo me acerqué, y en el exceso  
De mi cariño puro,  
Imprimí largo beso  
En el pesado y carcomido muro;  
En voz baja le hablé de mis amores,  
En voz baja también canté mis penas,  
Cual cantaban antiguos trovadores  
En dulce mandolín sus cantilenas.  
Mi arpa era el viento, cuya voz eólica  
En la frondosa rama del granado

Vibraba melancólica;  
Con dulce acento entre la verde yedra,  
O grave y triste como voz lejana  
Entre los rotos ángulos de piedra  
O el hierro sin color de la ventana.

Cuando alcé la mirada al firmamento  
Y ví la estrella huérfana y tranquila,  
Lanzándome el reflejo macilento  
De su inmóvil pupila,  
Me pareció que acompañaba al viento  
Y que en aquella noche, breve y grata,  
Entonaba también mi serenata.

### CANTO TERCERO

#### I

Nueve tardes sin verla; nueve días  
Sin sol, sin luz, sin galas;  
Todas mis alegrías  
Sin fuerzas ya para tender las alas!  
Mi espíritu cansado  
Y el horizonte de mi amor, velado.  
¡Largas horas, que envueltas  
En el manto de sombras del crepúsculo,  
Visteis mi angustia horrible,  
Sin que mi labio prorrumpiera un grito,  
Y me visteis inmóvil, pareciendo  
Quizá tan insensible  
Como aquellas columnas de granito;  
Si cruzasteis el mundo,  
Horas que el aura de la noche besa,

En vuestro tardo paso  
No encontrásteis, acaso,  
Un dolor más profundo,  
Más inquietud, más pena, más tristeza!...

#### II

Aquella noche, llena  
De reflejos purísimos, traía  
Ese silencio sepulcral que asombra;  
Recortaba con bordes luminosos  
Los oscuros contornos de la sombra;  
Dibujaba en el muro  
Fantásticas siluetas,  
Y hacía arder su resplandor más puro  
Entre las verdes grietas!  
Yo la miré en la calle  
Tender sobre el quebrado pavimento  
Su luz, como blanquísimo sudario,  
Prendiendo, aterradora cual ninguna,  
El amarillo disco de la luna  
En la elevada cruz del campanario.

#### III

Y corrieron las horas, y me hallaron  
En la misma actitud, mudo y sombrío;  
El alma estremeciéndose de pena,  
Y el cuerpo estremeciéndose de frío.....  
¡Qué batalla tan ruda  
Libraron en mí mismo,  
La esperanza, el temor, la fe y la duda!

Como bíblicos ángeles  
Lucharon sobre el puente del abismo!  
Me decidí por fin; hoy que me acuerdo  
Mi decisión me pasma;  
Crucé á lo largo de la tapia vieja,  
Y, ebrio por el dolor, como un fantasma  
Me detuve en la reja.....  
En tan triste momento  
Quiso también acompañarme el viento;  
Gimió en los hierros, empujó la puerta,  
Iluminóse la ventana abierta,  
Y por aquella parte luminosa  
El confuso rumor de una plegaria  
Fué rodando, rodando hasta perderse  
Por la calle torcida, tenebrosa,  
Estrecha, interminable, solitaria.....

#### IV

¡Cómo llegué hasta allí! Sólo recuerdo  
Impresiones primeras;  
El crujir de las ceras,  
De multitud de flores la fragancia,  
Y algunos rostros lívidos  
Llorando en los rincones de la estancia.  
Y blanca, entre las ceras y las flores,  
Por un velo cubierta,  
Allí estaba el amor de mis amores!  
Allí estaba la muerta!  
Me acerqué paso á paso  
Con la alma estremecida,  
Pues que aquel era el delicado vaso  
Que contuvo la esencia de su vida.

Y levanté ese velo,  
Y á la rojiza llama de los cirios.  
Ví aquella faz serena,  
De luz, de gloria y de ternura llena!  
Ví aquellas amarillas  
Manos, cruzadas sobre el blando pecho;  
Allí tendida, inerte,  
Ya marchitas del todo sus mejillas,  
Ya envuelta por las sombras de la muerte.  
Tomé una de esas manos, seca y fría,  
Y la estreché, temblando, con la mía;  
Y aquel diálogo mudo  
Que interrumpió el dolor y el alma hospeda  
Como á rayo de luz seco follaje,  
Concluyó con el último saludo  
De un espíritu triste que se queda  
Y otro que emprende el misterioso viaje.  
No gemí; no lloré; yo era la nube  
Que en tempestuoso cielo se pasea,  
Bañada en agua por el éter sube  
Y al no poder llover relampaguea!

#### V

¡Oh casta imagen de mis sueños, pasa;  
¡Pobre rincón del patio de mi casa,  
Corredores extensos de mi escuela,  
Pasad; con recordaros, todavía  
Mi espíritu cansado se consuela!  
No he vuelto á ver ni la reja ni la calle,  
Mas vivirán en la memoria mía  
Mientras mi débil corazón batalle.

Alguna noche grata  
Que recuerda mis horas de ventura,  
La estrella que cantó mi serenata  
Llena de paz, fulgura,  
Callada y triste, como yo en mi duelo,  
Sobre la muda soledad del cielo  
Que semeja en lo inmenso mi amargura.



( ¡SOLA! )

A Eduardo Velázquez.

¿A qué negarlo más? Nueva Graziella  
por un ausente bardo estás de duelo;  
sólo su amor te anima y te consuela,  
y su amor, como todo lo que vuela,  
huyó del nido y se perdió en el cielo!

×

Yo sé que tiembla el labio y te sonrojas  
al recuerdo feliz de fausto día;  
y que á veces, calmando tus congojas,  
las blancas margaritas que deshojas  
te dicen que te quiere todavía!

×

Sé que al morir la tarde, con inquieta  
triste mirada el horizonte mides,  
y en el delirio de pasión secreta  
de la hermosa figura del poeta,  
que se alza en el espacio, te despides.

x

Sé que en las largas noches, cuando el pecho  
una horrible catástrofe presiente,  
sin rencores, sin odio, sin despecho,  
te arrodillas, llorando, sobre el lecho  
para rogar á Dios por el ausente.

x

Sé que hay un talismán que guarda esos  
tesoros de ternura en los amores;  
que lo abres sé, llegando en tus excesos  
á creer que el perfume de los besos  
aun vago queda en las marchitas flores.

x

¿A qué negarlo más? te hablo al oído:  
cuando te miro así, la dicha pierdo,  
yo también, como tú, nunca he podido  
empapar en las aguas del olvido  
el ropaje de luz de mi recuerdo!

x

Las glorias del amor vuelan de prisa;  
siempre hay una beldad llorando á un bardo;  
Julieta que se queja con la brisa,  
ó la nevada toca de Eloisa  
sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

x

Las glorias del amor vuelan de prisa;  
siempre hay una beldad llorando á un bardo;  
Julieta que se queja con la brisa,  
ó la nevada toca de Eloisa  
sobre el yerto sepulcro de Abelardo.

x

No puede reflejarse la esperanza  
sobre tu nívea frente de camelia,  
el amor es así: mal y acechanza;  
que mientras Hamlet sueña en la venganza,  
suspira y canta y enloquece Ofelia.

x

Llora tu pena, aguárdale entre tanto:  
él volverá tal vez..... tu afán quieta,  
que más sentido y dulce será el canto  
cuando caigan las gotas de tu llanto  
sobre la lira de oro del poeta.





( A ERIGONE )

Deja que llegue á tí, deja que ahonde  
Como el minero en busca del tesoro,  
Que en tu alma negra la virtud se esconde  
Como en el seno de la tierra el oro.

¡Alma sombría, ayer inmaculada!  
Tu caída me asombra y me entristece.  
¿Qué culpa ha de tener la nieve hollada  
Si el paso del viajero la ennegrece?

No mereces castigo ni reproche;  
Entre los vicios tu virtud descuella;  
Que en el pliegue más negro de la noche  
Brilla más pura la lejana estrella.

x

La mano alevé que al rosal arranca  
Su flor más bella, y luego la deshoja;  
La que manchó tu vestidura blanca,  
La que en los brazos del placer te arroja;

x

La que apagó en tu frente de azucena  
La llama del pudor y la alegría,  
Y ornó tu sien, marchita por la pena,  
Con las deshechas flores de la orgía,

x

Es la que al verte desvalida y sola,  
Te empuja hacia el abismo, sin aliento;  
La que tu amor y tu pureza inmola  
Por el amargo pan del sufrimiento.

\* \* \*

Me admiran tus heroicos sacrificios;  
Me admira que no temas, que no dudes,  
Y que en la árida roca de los vicios  
Puedan colgar su nido las virtudes.

x

Por eso llego á tí ¿no lo imaginas?  
A ver surgir, cual gratas ilusiones,  
Luz entre sombras, flores entre ruinas,  
¡Amor entre los muertos corazones!

Vengo á cubrirte de brillantes galas,  
A ser tu protección y tu consuelo,  
Y á desatar tus poderosas alas  
Para que puedas ascender al cielo!



FRENTE A UN AGUILA

—Soy águila; me cierno en los azules  
Cielos de mi región que tú no escalas;  
Rompo en mi vuelo vaporosos tules,  
Y me llaman la reina de las aves  
Porque al tender mis gigantescas alas  
A ignorados espacios me levanto  
Y la grandeza de lo inmenso canto!

—Soy hombre; vivo triste,  
Con la sed insaciable de un deseo;  
Y, en medio del dolor de lo mezquino,  
Encadenado estoy cual Prometeo  
A la roca fatal de mi destino.  
Ignoro en mi camino  
De donde vengo, adonde voy. A veces  
Me siento en el paraje más oscuro  
Para mirar, cansado peregrino,  
Los negros horizontes del futuro.  
En toda la carrera de mis años  
Siembro ilusión, recojo desengaños;  
Mas tengo alas también, que poderosas  
Me llevan á regiones misteriosas:  
Alas que me levantan  
A escuchar el concierto de los mundos



(Extraños himnos que los astros cantan).

Alas son que me apartan de la secta,  
Lejos del pobre y deleznable mito,  
Y me conducen á que libre admire  
La gran sombra de Dios que se proyecta  
En la inmensa extensión de lo Infinito.  
Si aquí mi cuerpo miserable avanza  
Cubierto de maldad y sufrimiento,  
Alas tengo; el Amor y la Esperanza;  
Y espacio en que volar; el Pensamiento!

—Yo soy la soberana

Del aire; en una nube  
Me envuelvo, y miro el Sol de la mañana  
Cuando en Oriente, esplendoroso, sube;  
Y mi roja pupila  
Se clava en él estática y tranquila,  
Mientras estoy entre nevadas brumas  
Y mojo en ellas mis oscuras plumas.  
Yo por la tarde vuelo solitaria  
Cuando el sol en Ocaso reverbera  
Entre dorados velos,  
Y cruzo, audaz, intrépida viajera  
Los desiertos azules de los cielos.....

—¡Oh reina de las aves! mientras bordas

Con caprichoso vuelo  
La bruma en que se envuelve el horizonte;  
Mientras cruzas el cielo  
Por tus rápidas alas impelida,  
Y apareces gentil en lo distante  
Como una negra flecha desprendida  
Del arco poderoso de un gigante,  
Yo aquí abajo me arrastro,  
Vivo, lucho, me agito,

Sin que mis ojos débiles contemplen  
Sin deslumbrarse, el astro  
Que tan de cerca miras de hito en hito.  
He perdido la calma,  
Pues me hacen cruda y formidable guerra  
Todos los elementos en la tierra  
Y las pasiones todas en el alma;  
En esta oscura y misteriosa sombra  
Vibrando están los ecos de mi queja;  
Aun persigo un fantasma que se nombra  
La Dicha, y que se aleja  
Cuanto yo avanzo más; nada mitiga  
Mi ansia por alcanzarlo; estoy rendido  
Y anhelo descansar de la fatiga.  
Pero en esta penumbra  
Otro sol más espléndido me alumbra;  
El Sol de la Razón, que se desprende  
Del insondable arcano,  
Y que ilumina con su luz y enciende  
El hondo abismo del cerebro humano.

—Yo bebo en el torrente

Que de la altiva cumbre se desborda  
Y que ruje imponente;  
Cuando la voz de la tormenta asorda  
Al espantado mundo, me levanto  
Y en colosales y pesadas nubes  
Al son del trueno y de la lluvia canto.

—La humanidad pelea

Contra el ángel del Mal, tiene esperanza  
De quemar en el fuego de la idea  
Las alas de ese espíritu..... y avanza,  
Sus ímpetus no abate,  
Se precipita al Porvenir, y lucha,

Y al fragor del titánico combate  
Me inspiro, y canto... y hasta Dios me escucha.

—Tengo mi nido en el peñón salvaje  
Adonde no penetra tu mirada,  
Como asilo de mi última jornada  
Que termina, feliz, mi largo viaje.

—¡Santo y risueño hogar! humilde tienda  
Que planto en el desierto; te contemplé  
Órnando la aridez de la llanura;  
Para mi amor y mi esperanza templo  
Donde mi sola ofrenda

Es mi melancolía ó mi ternura.  
Tú cobijas mis horas de vigilia;  
Mi profundo dolor, sus alas pliega  
Cuando me acerco á tí, tu fe me auxilia,  
Y eres, para mi raza y mi familia,  
Sepulcro al que se vá, cuna al que llega.

.....  
..... —Vuelvo á emprender el vuelo  
Que detuve un instante.....

—Yo, proscrito,  
Seguiré caminando por el suelo.....  
¡Adiós viajera intrépida del cielo!

—¡Adiós explorador de lo Infinito!



## AVE, CESARI!

Herido voy, herido; no me alienta  
La muchedumbre que en el Circo clama,  
Y entona cantos á la verde rama  
Que allí en la sien del vencedor se ostenta.

La misma multitud es la que afrenta  
Al que en la lucha desigual, se inflama,  
Y al fin sucumbe, sin honor ni fama,  
La espada rota y la cerviz sangrienta.

Yo entré á la lid intrépido y gozoso;  
"Los muertos te saludan" dije al mundo;  
Miré á las fieras; me sentí coloso;

Luché; me hirió la duda en lo profundo,  
Y entre el polvo del carro victorioso,  
Ya ruedo por la arena, moribundo.

